

u

libros

La teoría general de Keynes. Informes de tres décadas, compilados por Robert Lekachman. Traducción del inglés de Roberto Reyes. Fondo de Cultura Económica, México, 1967, 358 pp.

No son pocos los que afirman que la *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero* de John Maynard Keynes, junto con *El origen de las especies* de Darwin y *El Capital* de Carlos Marx, es uno de los libros más significativos de los últimos cien años. Tan profunda es la influencia de Lord Keynes en el pensamiento económico de nuestros días, como intenso el antagonismo que sus teorías han suscitado entre los economistas de este siglo. A treinta años de la publicación del discutido libro, el Fondo de Cultura Económica ofrece al lector la compilación de escritos elaborada por Robert Lekachman en 1964 y en la que se incluyen interesantes trabajos de Austin Robinson, D.G. Champenowne, Gottfried Haberler, Roy Harrod, Alba Lerner, W.B. Reddaway, Paul Samuelson, Jacob Viner y Paul Sweezy, que comentaron a su debido tiempo la aparición de la Teoría General.

El investigador inglés fue uno de los genios más brillantes de nuestro tiempo; reformador de la economía neoclásica al ponerla en contacto con el mundo real. De hecho, mientras los economistas de

esta escuela se ocupaban en afinar el análisis del equilibrio estático y en elaborar los argumentos adicionales que probaban lo viable del sistema capitalista y su armonía intrínseca, el propio sistema pasaba por transformaciones de gran importancia. A fines del siglo XIX, la primera fase de la industrialización del mundo occidental estaba próxima a completarse. Las consecuencias económicas de la explotación plena de la técnica entonces existente, trajeron como resultado no sólo una tremenda expansión de la industria pesada, un gran incremento de la producción y una revolución en los medios de transporte y comunicación, sino también un cambio de las economías capitalistas. La concentración y centralización del capital hizo avances gigantes; las grandes empresas se adueñaron de la vida económica al eliminar a las medianas y pequeñas negociaciones, convirtiéndose en la base del monopolio y del oligopolio, que son los rasgos

característicos del capitalismo moderno. La penetración occidental en las regiones atrasadas y coloniales no llevó, como se pensaba y decía, los beneficios de la civilización, sino que se tradujo en la opresión y explotación brutal de las naciones subyugadas.

Las marcadas tendencias al estancamiento, a las conflagraciones imperialistas, a las severas crisis políticas —ya atisbadas por Marx desde la mitad del siglo XIX, y posteriormente observadas y analizadas por Hobson, Hilferding, y Rosa Luxemburgo, para no citar sino a los más importantes—, la Primera Guerra Mundial y la Gran Depresión, con sus variadas y prolongadas repercusiones, puso de presente lo ilusorio de la estabilidad, la prosperidad, el progreso social y el crecimiento económico dentro del capitalismo.

Para Keynes, el régimen capitalista en que vivimos tiene, entre otras, una falla fundamental: la desocupación

persistente que, acentuada en las depresiones periódicas de la economía, entraña una grave pérdida de fuerzas productivas, en desmedro del nivel de vida de las masas proletarias. Y esa tendencia a la desocupación crónica, afirma, proviene de la riqueza misma de las grandes comunidades industriales: cuando crece el ingreso de la colectividad, crece también el ahorro, sin que se plantee problema alguno mientras las inversiones aumenten paralelamente. Como no sucede siempre así llega un momento en el cual, a pesar de que el ahorro sigue subiendo, la tasa de interés no desciende en la misma proporción indispensable para estimular las inversiones que la absorben totalmente. De ahí en adelante las inversiones no son suficientes para utilizar todo el ahorro posible. Debe, entonces, provocarse deliberadamente el crecimiento de la inversión hasta que la demanda sea suficiente para absorber toda la oferta que proviene del empleo pleno de las fuerzas productivas.

Para lograr este efecto los bancos centrales deberán seguir una política persistente de descenso del tipo de interés, creando todo el dinero necesario. Como esta política podría en muchas ocasiones encontrar obstáculos, deberá entonces intervenir el Estado con sus propias inversiones para llenar el vacío que dejen los particulares y asumir ciertos controles que están en manos de la iniciativa privada. Tendrá el Estado que influir sobre la propensión a consumir por medio del sistema impositivo, la tasa de interés y, llegado el caso, la misma socialización de las inversiones (pero no la producción).

Una vez superado el problema de la desocupación sólo restará, según el pensador inglés, corregir el inequitativo reparto de la riqueza. La fórmula que propone es muy simple: cuanto menor sea el ahorro en las clases más poderosas económicamente, tanto más intensamente crecerá el ingreso nacional de un país al aumentar las inversiones, ya que, a juicio de Keynes, el ahorro es un factor de retardo en el desarrollo de la

Arnold y Philip Toynbee

Disneylandia *

P.: ¿Hablaste alguna vez con los verdaderos matamoros? ¿Con alguno de los generales del Pentágono?

A.: Te diré: me invitaron una vez a que diera una disertación en el Pentágono en una sala repleta de coroneles del Estado Mayor, y la esposa del entonces Secretario de Guerra se levantó y me atacó porque dije que deberíamos reconocer a China. Era una verdadera matamoros. No tenía por qué estar ahí, creo yo, pero no vacilé en echar su peso, o quizá era el de su marido, en presencia de todos esos distinguidos profesionales. Cuando entré en el despacho del Secretario de Guerra tuve una horrible sensación. Estaba lleno de pequeños modelos de proyectiles hechos de cartón. Estaban desparramados por las mesas y las sillas, por todas partes, y él se deleitaba con ellos... como un niño rodeado de juguetes.

*

[Diálogo entre dos generaciones / Emecé, p. 177-8]

riqueza colectiva y la formación de capital.

Como anota Paul Baran, la ciencia económica comenzó a tener conocimiento en forma tardía de la nueva situación. Intentando aclarar los determinantes de los cambios a corto plazo en los niveles de producción, empleo e ingreso, la economía keynesiana se encontró frente a frente "con toda la irracionalidad, la notoria discrepancia entre las potencialidades productivas y la producción, que caracterizan al orden capitalista". Sin embargo, la lógica del capitalismo monopolista probó ser mucho más fuerte que lo que Keynes y sus seguidores radicales habían pensado ya que transformó y utilizó sus realizaciones teóricas para propósitos bastante ajenos a sus intenciones. Además, agrega Baran, el "Estado Benefactor", guiado por los cánones de la economía keynesiana y los preceptos de las "finanzas funcionales", ha quedado esencialmente en el papel. La Alemania fascista

fue la que, hasta ahora, ha hecho el uso más amplio de la perspicacia keynesiana, al construir la máquina económica que le permitió desencadenar la Segunda Guerra Mundial.

De los trabajos compilados por Lekachman para rendir homenaje al discutido economista británico reviste suma importancia el escrito por Paul Sweezy. Para éste la escuela de pensamiento a la cual pertenecía Keynes es bastante aislada y parcial y algunos de sus descubrimientos más importantes se daban por sentados en la economía socialista a finales del siglo pasado, cuando los discípulos de Marx sostenían ya debates entre ellos sobre si podría esperarse que el capitalismo entrara en un periodo de depresión crónica o permanente. Por otro lado, no todos los principales problemas del sistema capitalista se incluyen en su obra fundamental: Pasa Keynes por alto el cambio tecnológico y la desocupación tecnológica, "problemas que

figuran como parte integral de la estructura teórica marxista; Keynes trata a la desocupación como síntoma de una falla técnica en el mecanismo capitalista, en tanto que Marx la considera como el medio indispensable por el cual el capitalismo conserva el control sobre el mercado de la mano de obra. Se desentiende por completo de los problemas del monopolio, de su efecto deformador sobre la distribución del ingreso y la utilización de los recursos, del gran aparato parasitario de distribución y publicidad que arroja sobre la economía". Y el más notable de todos: el hábito de Keynes de tratar al Estado como un *Deus ex machina* que se invoca siempre que sus actores humanos, comportándose de acuerdo con las reglas del juego capitalista, caen en un dilema del cual aparentemente no tienen escape. Naturalmente —anota Sweezy—, este intervencionista olímpico "resuelve todo de una manera satisfactoria para el autor y

presumiblemente para el auditorio. El único problema es que el Estado no es un dios, sino uno de los actores que tienen un papel que representar al igual que todos los otros actores".

La parte positiva de la obra de Keynes, en el pensamiento económico occidental, fue la demanda de que el capitalismo se regulara y controlara, en esta época, mediante una autoridad central. Tal autoridad no debería, ni tendría que planear realmente lo que habría de producirse y en qué cantidades, pero sí velar porque la demanda total fuera siempre suficiente para vaciar el mercado a precios remunerativos, y no tan grande que lanzara a los precios en una espiral inflacionaria. Los instrumentos principales de su política deberían radicar en las variaciones de la tasa de interés, *déficit* y *superávit* presupuestarios, obras públicas y una redistribución de los ingresos personales en sentido igualitario.

Su profunda debilidad con-

Los indios o el remordimiento de un solo hombre

por Beatriz Bueno

Los indios de México, en una elegante y a su modo económica edición, permitirá al público lector acercarse, en dos tomos, a los problemas de una de las poblaciones marginales más numerosas del país. Los indígenas vivos son unos 4 millones en las cifras oficiales, menos del 10% de nuestra población total. Varias instituciones se han dedicado a la labor de conocerlos. Algunas de ellas, formadas en la mayoría de los casos por antropólogos de las diversas especialidades, tienen un carácter académico y sus investigadores se limitan (debe ser así), tras largos estudios en el campo y el gabinete, a sintetizar sus observaciones y presentar un trabajo que, en el mejor de los casos, será publicado, con poca premura, en revistas especializadas de escasa circulación. Otras instituciones tratan de proteger y adiestrar, no sin tropiezos, al indio. Pero todas ellas, como Benítez señala, son meros auxiliares aislados para

hacer frente a una realidad nacional violenta, confusa y abigarrada, cuyo tropiezo principal radica en los sistemas de la economía nacional y en el reparto más que parcial y tendencioso de la riqueza. De una de ellas, del Instituto Nacional Indigenista, trata Benítez en casi todos sus libros. Gracias a dicho Instituto ha podido acercarse al problema y escribir estas crónicas del indigenismo.

La actitud frontal y violenta, emocionada y vehemente de Fernando Benítez es la cualidad fundamental de su obra. Cuando nos comunica sus experiencias y sus observaciones la pasión domina al hombre y al estilo. La conciencia social que se ha apoderado de este cronista de lo indígena, lo llena de remordimientos. Él lleva sobre sí el peso nacional de esa culpa. Se enfrenta al infierno y cumple, investigando y escribiendo, su penitencia. El peso de su tarea denunciadora de hechos seculares no se aligera al comunicarla, pues, como Benítez mismo lo sabe, "el etnólogo ha estudiado la situación de un grupo, ha entrevistado la posibilidad de remediarla y cuando al fin su trabajo sale impreso, el éxito académico no compensa en modo alguno la amargura de saber que sus conclusiones han caído en el vacío. El político rara vez toma en cuenta al antropólogo. Por ello, las ciencias sociales son una ocupación de eru-





K. Nkrumah: *Neocolonialismo, última etapa del imperialismo*. Siglo XXI editores. México, 1967. 222 pp.

sistió en que su comprensión estuvo limitada por el capitalismo; formaba parte del sistema existente y lo vio desde dentro. Rara vez salió fuera de él, despreciaba y detestaba a Marx y a toda su manera de pensar debido a una profunda inhibición emocional. Sin embargo, en un sentido, logró alterar la manera de "pensar del mundo en general acerca de los problemas económicos".

—Iván Restrepo Fernández

El abismo que separa a los pueblos desarrollados de los de incipiente desarrollo es un tema que preocupa, aunque por diversas razones, tanto a los dirigentes y estudiosos de uno como de otro sector. En los órdenes nacional e internacional, a través de conferencias y simposios, este problema —cuyas características son de diagnóstico contemporánea— está produciendo una creciente bibliografía, entre la cual se encuentran desde argumentaciones que aluden a la cuestión sin intentar el compromiso de sondear en su etiología, hasta otros que enfatizan sobre determinadas causas que pudieran ser las generadoras de esta situación.

Entre estos últimos podría ubicarse el libro escrito por

el expresidente de Ghana, K. Nkrumah, no mucho antes de que fuera desalojado del poder.

Al margen del propio punto de vista que el lector pueda tener formado respecto de la política internacional, no se puede dejar de reconocer que Nkrumah ha afirmado su tesis no sobre supuestos, sino en elementos concretos y consistentes como los que se desprenden del operar de la alta finanza internacional. Se puede comprobar, entonces, que muy contadas veces puede uno hallarse ante un libro tan denso de contenido, tan documentado como desprovisto de oropeles y en el que campean una claridad de principios, una precisión en la exposición de sus ideas, como no se encuentra con frecuencia en libros de esta naturaleza. De allí que se trata de uno de los trabajos más importantes y efectivos que se hayan realizado en defensa de los pueblos subdesarrollados, víctimas —según define el autor— de la expolia-

ción por el neocolonialismo. En esta obra, que es casi un tratado de economía política del Africa, Nkrumah nos presenta, ya desde el comienzo, una serie numerosa de "amigos" que nos acompañarán durante toda la extensión del libro. Entre ellos, se destacan por su "popularidad" y otras razones por demás conocidas, los Morgan, los Rockefeller, los Oppenheimer y los Patiño. Su contacto, a través de las alusiones permanentes y obligadas, nos irá resultando familiar, y ya estemos en el desierto Sahara o en la City londinense, en el altiplano boliviano o en la capital belga, en las minas de Rodesia o en Wall Street, en el lago Maracaibo o en París, en Indonesia o en Bonn, su presencia será inseparable.

Nkrumah demuestra ser un capacitado cicerone para guiarnos por tan intrincados laberintos de la finanza internacional, obsesiva maraña de intereses que, tejida con sumas fabulosas, recubre todos los continentes. De esta for-

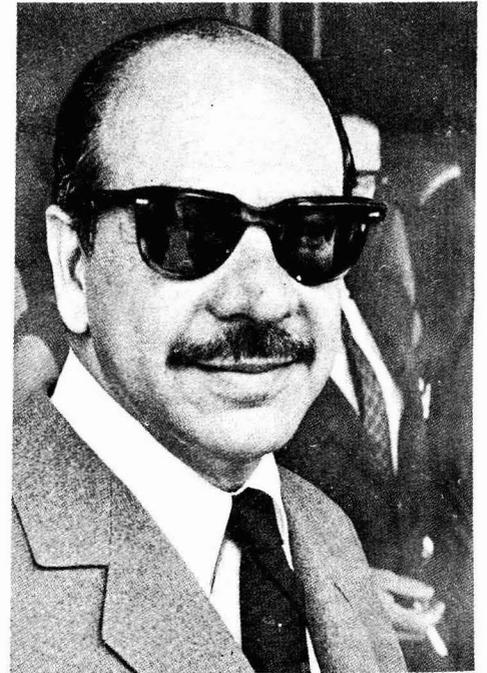
ditos, una elaboración condenada a no llevarse a la práctica". La pretensión de Benítez, no es la del científico, pero comparte con el antropólogo el desaliento respecto de la posible repercusión de su trabajo personal. Aquel silencio que ni siquiera permite escuchar al propio silencio, ese vacío manifiesto que nace casi siempre alrededor de la obra de alguien ha acompañado a Benítez también. ¿De qué le sirve agitarse, anotar, correr, fatigarse si su obra publicada no conducirá a la acción? "Al menos —como dice refiriéndose a la condición del antropólogo— puede transmitir su vergüenza a los otros y la vergüenza, ya se sabe, es un sentimiento revolucionario."

"Una es nuestra actitud por los indios muertos y otra muy distinta nuestra actitud por los indios vivos" asevera Benítez y es apenas justo. Para probarlo nos recuerda que el gasto público que percibe anualmente el mexicano es de 15%, en tanto que el del indio es de un 2%. Como los más distinguidos antropólogos mexicanos han rechazado reiteradamente dedicarse a trabajos de divulgación —posición contraria a la adoptada por los científicos e investigadores en verdad importantes de Europa y los Estados Unidos— las aportaciones de Benítez inician esa tarea de cubrir la carencia del eslabón que ha desprovisto a la Antropolo-

gía en México de un sentido social más amplio; es decir, Benítez viene a ser el lazo de unión entre el investigador y el interés del público no especializado; descuidar a éste no puede dar más fruto de un desconocimiento general del trabajo antropológico; ignorancia que impide la integración de las ciencias sociales dentro de la imagen popular de la cultura nacional. Es en este problema donde Benítez juega un papel de gran importancia.

El indio entra a formar parte de la Historia occidental en el momento del descubrimiento de América y ocupará numerosos volúmenes durante la Conquista. Con el establecimiento de la Colonia el indio comienza a dejar el primer plano hasta prácticamente desaparecer de una Historia narrada por españoles y criollos. El movimiento de Independencia trae aparejada la reaparición histórica del indio, pero ya abolida la esclavitud legal no le queda más que morir en las filas insurgentes sin haber adquirido una clara conciencia de esa lucha. Las Leyes de Reforma tampoco lo benefician. El presidente indio dedica su energía al futuro sin recordar la base indígena de la pirámide nacional.

Porfirio Díaz significó para los indígenas el regreso (¿o debemos decir la



permanencia?) del *status* colonial. Los indios eran la posibilidad, la seguridad de la producción de autoconsumo nacional. México conoce entonces el lamentable y doloroso tránsito de esa agricultura de autoconsumo a la agricultura de exportación. Las industrias extranjeras crecían en la medida en que afinaban su